

La escuela de la vida

El periodista **Jaume Sanllorente** dejó su vida cómoda en Barcelona para ofrecer a 40 niños huérfanos de Bombay un lugar más seguro que la calle.

Hace cinco años, Jaume Sanllorente cogió su maleta, su cámara de fotos y una guía turística, y partió a la India con la idea de conocer maravillas de ese país, como el Taj Mahal. La pobreza que vio en las calles, sin embargo, cambió la hoja de ruta de este periodista catalán: conmovido, prefirió recorrer los suburbios miserables, como los que ahora se han hecho mundialmente famosos con la película 'Slumdog Millionaire'.

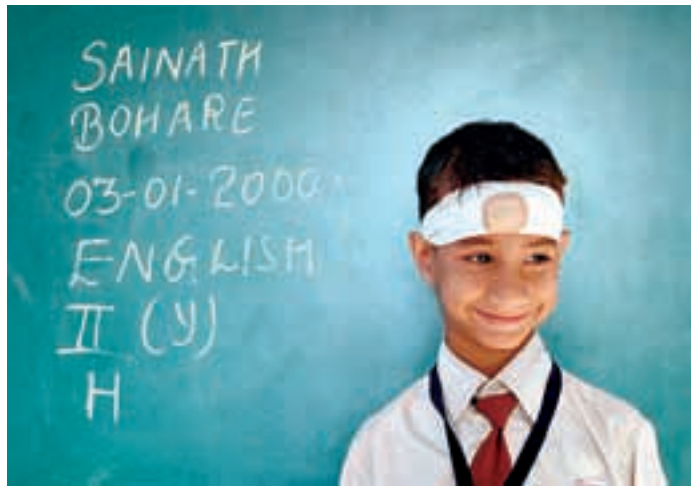
Jaume terminó su periplo en el paupérrimo barrio de Kamathipura, en Bombay, donde conoció la historia de un orfanato que estaba a punto de cerrar y que dejaría a 40 niños en las calles a merced de las mafias que los explotarían. Pensó en la alternativa de escribir un reportaje para denunciar la situación y buscó en Internet para dar con alguna ONG que le ayudara a evitar el cierre, pero no encontró nada. Concluyó entonces que debería resolver el asunto por su cuenta. No lo pensó dos veces: regresó a Barcelona, renunció a su trabajo como periodista, vendió su piso, recaudó dinero entre sus amigos y conocidos, y volvió a Bombay: "En la entrada del orfanato había coches negros esperando a que esos 40 niños se quedaran en la calle para recogerlos y explotarlos", nos cuenta. Era el año 2003, y Jaume logró cumplir su objetivo: el orfanato sobrevivió. >> Sigue en la pág. 76





Esta fotografía de Ana Fernández Barcos fue seleccionada para ilustrar una de las páginas del Calendario CAN 2008. La autora retrataba así a los niños que deambulan por las calles de Bombay. En la página anterior, Jaime Llorente, fotografiado a su paso por Pamplona.

Las mafias no se lo perdonan: han puesto bombas en su coche, han quemado su casa, debe ir con escolta... pero las sonrisas de los niños le compensan.



Estas imágenes fueron tomadas en dos escuelas que Sonrisas de Bombay financia en la metrópoli india: Yashodan y Karuna. Entre sus proyectos figura un hospital para leprosos. Desde que se creó la ONG, más de 5.000 personas, la mayoría niños, se han beneficiado de su ayuda.

“Estoy seguro de que, si hubiese cerrado, más de la mitad de esos niños estarían hoy muertos. No me sentía ni un héroe ni un salvador, solo un ser humano, como cualquier otro que, en mi lugar, hubiese hecho lo mismo”, nos dice Jaume antes de dar una conferencia en el Primer Congreso de Jóvenes con Valores celebrado en Pamplona, y que contó, entre otros, con el respaldo de Caja Navarra. “Allí los niños solo tienen tres opciones: recoger y vender basura, prostituirse o mendigar para las mafias, que los explotan, e incluso llegan a amputarles las extremidades para conseguir más dinero, y les obligan a aprender inglés para pedir limosna a los extranjeros”. Como el orfanato empezó a recibir más y más niños, en 2004 Jaume decidió crear una ONG, a la que llamó Sonrisas de Bombay. Actualmente recauda más de 900.000 euros al año gracias al aporte de miles de socios que donan 15 euros mensuales.

Las mafias de la India no se lo perdonan: han quemado su casa, han puesto bombas en su coche y le obligan a trasladarse con escolta, incluso por las calles de Barcelona. Para él, sin embargo, esos inconvenientes no tienen

Para leer...

Sonrisas de Bombay (Ed. Plataforma, 2008), de Jaume Llorente. 216 pp. Publicado hace poco más de un año, este libro ha sido el altavoz para que el proyecto y la historia personal de Jaume Sanllorente se diera a conocer. Ya va por la 10ª edición en castellano, se ha lanzado hace poco la versión en catalán y, según la editorial, en breve aparecerá también en Portugal y en Estados Unidos.

ninguna importancia: “Los niños de Bombay me pagan con sonrisas, y como recibo tantas cada día, me siento el tipo más rico del planeta”, nos dice.

Superávit... en paz interior

Ante la actitud pesimista que nos lleva a quejarnos de cómo está el mundo, Jaume propone la acción, por pequeña que sea. Incluso un gesto tan simple como sonreír. Lo explica a su manera: “Si quieres cambiar el mundo, haz algo para que eso ocurra. Somos tan tacaños que le negamos la sonrisa al que nos acompaña en el ascensor”.

Jaume tiene un superávit de paz interior tan elevado que reparte buen rollo a diestro y siniestro. “El mundo es un jardín”, repite, “si queréis vivir en un jardín bonito, plantad vosotros mismos las flores”. Por eso, después de escuchar una de sus conferencias uno se siente con ganas de imitarle y emprender una aventura quiijotesca. Sin embargo, él aconseja mesura: “Si quieres ayudar a otros, empieza por el que tienes más cerca; regala una sonrisa al vecino y recoge al inmigrante con el que te topas en tu camino a casa. ¿Para qué quieres enviar dinero a una ONG de África si tienes a un senegalés tirado en tu portal? Si sueñas con cambiar el mundo, primero mejora tu entorno”.

>> Más información, en la página web: sonrisasdebombay.com. En ella encontrarás un blog que se actualiza cada semana.

“No pude derrotar a las drogas hasta que me rendí y caí. Tenía talento para el waterpolo, pero lo despilfarré”.



Del podio al abismo

Pedro García Aguado también visitó Pamplona para compartir escenario con Jaume. Su objetivo: convencer a los jóvenes de que se alejen de las drogas y el alcohol. Sabe de lo que habla porque él mismo bajó al infierno desde la cima.

Después de alcanzar la cumbre del podio con su equipo de waterpolo, fue ingresado en una clínica de desintoxicación y tuvo que abandonar el deporte con el que se convirtió en campeón mundial y ganó la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Atlanta. Cuando no competía, eso sí, vivía entre juergas y descontrol.

“Mientras mis amigos celebraban el triunfo que habíamos obtenido, yo solo quería largarme de ahí para beber una botella de vino”, nos cuenta.

En la piscina, Pedro derrotaba a los nadadores más fuertes de Europa, Asia y América, pero fuera del agua era incapaz de rechazar una copa o un gramo de coca. Se vio obligado a reconocer entonces que era un perdedor. Buscó ayuda y tuvo que ser internado en una clínica de desintoxicación.



“Ahora ayudo a otros”

“No pude derrotar a las drogas hasta que me rendí y caí. Tenía talento para el waterpolo, pero lo despilfarré. Ahora he desarrollado otros talentos y con ellos ayudo a los jóvenes a evitar las adicciones”.

Según Pedro, los drogadictos terminales solo tienen tres salidas: el psiquiátrico, la cárcel o la muerte. La única forma de evitar un final como esos es no empezar a consumir nunca. Él mismo lleva seis años sin recaídas. Y sabe que nadie puede ayudarlo si él no se ayuda a sí mismo. Todo está en sus manos.

“Debemos dejar de echar la culpa a los demás por lo que nos pasa. Yo tenía 12 años cuando mis padres se divorciaron y me drogué entre los 17 años y los 30. ¿Puedo echarles la culpa a ellos? Pues no”, dice al final de su presentación. ✕